

## **Cáncer: una nueva esperanza**

*Elite*, 1.461. zk., 1953-10-03.

El cáncer es, después de las enfermedades del corazón, la plaga que mata más hombres, mujeres y niños en el mundo entero. Desde hace medio siglo, la ciencia y la medicina han movilizadado sus medios más poderosos para terminar con la horrible enfermedad. Pero progresa inexorablemente. Los negros del Congo, los niños de apenas algunas semanas, están expuestos a estos tumores malignos que les roen y los matan. El cáncer no constituye, sin embargo, enteramente una consecuencia del fracaso de la medicina. Si se descubre a tiempo se cura a menudo. Pero esta localización precoz es extremadamente difícil. Y por esto se ve a tantos desgraciados afectados por este mal que evoluciona con rapidez pedir al bisturí del cirujano, al aparato de los rayos N, a las poderosas radiaciones del radium, una curación que todavía se consigue raramente. Acaba de producirse ahora un acontecimiento que justifica nuevas esperanzas. El Instituto Pasteur ha aceptado verificar la hipótesis revolucionaria de M. Alexander Berglas, quien propone curar el cáncer acelerando el desarrollo del tumor, mientras que todos los procedimientos clásicos de tratamiento consistían hasta ahora en esforzarse por todos los medios para impedir su crecimiento.

Si aun no se conoce el remedio contra el cáncer, si la cirugía, las radiaciones, no son sino apenas unos paliativos, es que se ignora casi todo acerca del proceso misterioso que permite que un día un grupo de células se ponga a crecer anárquicamente, aparezca un tumor que da vida a ramificaciones en otros órganos, ahogando poco a poco el afectado. Este gran misterio del cáncer excita la curiosidad de millares de investigadores. El desconocido donde se debaten favorece la hipótesis más arriesgadas. Y todas las semanas, uno de los centros que se preocupa del problema ve llegar a algún hombre de laboratorio que propone su método de cuidados y su solución al misterio del cáncer. En nueve casos sobre diez, si no llega a más, el hombre es un iluminado, un charlatán. A menudo cree descubrir lo que se conoce desde hace mucho tiempo. Cuando se trata de persuadirle que su camino está errado, se enfada, llama furioso a la opinión y se considera un perseguido. Y el drama del cáncer sigue sin ningún cambio a pesar de eso.

Acaba de producirse algo nuevo en este campo. Un hombre ha venido a ofrecer al Instituto Pasteur una hipótesis totalmente original para resolver el misterio del cáncer. El ha pedido, al mismo tiempo que se le ayude a llevar a cabo las experiencias que según él, llevarían a conclusiones que permitirán un tratamiento también nuevo del mal, basado sobre concepciones radicalmente distintas de las consideradas por todos los cancerólogos oficiales franceses como las más autorizadas.

Y este hombre, lejos de ser eludido con tacto, fué bien recibido. Aún mejor: el Instituto Pasteur ha aceptado patrocinar una fundación creada con el objeto de

organizar las experiencias revolucionarias. Una nota aparecida en el último número del boletín de la antigua casa de la calle del Doctor Roux da fe de ello.

*El Instituto Pasteur, dice, ha aceptado la creación de una fundación destinada a la investigación de nociones experimentales que pueden conducir a una forma de tratamiento del cáncer, en una dirección completamente nueva, cuya idea ha sido propuesta por M. Alexander Berglas.*

### **Hombre de negocios y biólogo**

M. Alexander Berglas anda por los sesenta. Alemán de origen, de nacionalidad americana, es un hombre rico. Los intereses que posee en las numerosas fábricas textiles que posee en América y Europa –acaba de montar una fábrica modelo en Colmar– le permiten hacer frente a los gastos de la "Fundación Berglas" contra el cáncer. Pero M. Berglas no es solamente un hombre de negocios. Es sobre todo biólogo. Hizo sus estudios correspondientes y trabajó durante años en Viena con el célebre profesor Steinach, cuyo nombre es muy conocido entre los sabios del mundo entero por sus trabajos sobre las hormonas.

M. Alexander Berglas estudió durante mucho tiempo la citología, ciencia de la célula, con sus maestros vieneses. Durante toda su existencia ha estado reflexionando sobre los problemas que quedaban por resolver, especialmente, el que se refería al cáncer. Poco a poco fué haciendo una teoría, que él fu alimentando con experimentos, estudiando a la vez los trabajos efectuados en este campo por todos los investigadores del mundo.

Hoy, libre de las preocupaciones de sus negocios, que van bien, ha decidido consagrar el resto de su vida a probar la realidad de sus puntos de vista. Para ello ha elegido París, y el Instituto Pasteur. En el curso de una conferencia que se ha celebrado en el despacho de M. Tréfouel, director del Instituto, M. Berglas ha sabido convencer a los especialistas franceses que es de interés explorar su hipótesis. El profesor Lacassagne, director del Instituto del Radium, ha aceptado ser el testigo objetivo de los resultados, de controlarlos y de definir su alcance.

Y, desde hace ya algunos meses, un joven investigador del laboratorio Pasteur del Instituto Curie, trabaja, con la ayuda de dos asistentes, en el primer laboratorio de la Fundación Berglas. M. Berglas quisiera disponer pronto de medios mucho más amplios. Confía en aumentar la colección de ratas blancas sobre las que actualmente se estudia la evolución de los tumores. Sueña con centenares de investigadores, armados de aparatos modernos atacando los diversos aspectos del problema. Tratar de hacer que el mayor número posible de especialistas reúnan y confronten sus trabajos, sus resultados, para que de la unión de todos brote la luz y la solución del problema que hace tanto daño a la humanidad.

## **Una teoría muy simple**

¿Cuál es, pues, la teoría de M. Berglas? Es muy simple. El cáncer, dice él, nace a partir de ciertas células "primitivas" que existen en nuestro cuerpo. Estas células "primitivas" serían las que formaban la mayoría de nuestros tejidos en las épocas lejanas en que el hombre estaba sometido a condiciones mucho más rigurosas que hoy. Estas células eran más robustas, y dotadas de una vitalidad más grande que aquellas que poseemos ahora nosotros.

Lo que subsiste en nosotros de estas células "primitivas", las que no han sido tocadas por la adaptación que ha transformado poco a poco nuestro cuerpo, guardan su vitalidad excesiva. Cuando el organismo que las contiene es atacado, reaccionan con energía. Hasta con excesiva energía. Y en el lugar de un "choc", de una úlcera, de una irritación nacida de un funcionamiento anormal, su proliferación desordenada puede originar un cáncer.

La aparición de este cáncer no sería, pues, según M. Berglas, una manifestación nociva en un principio. Sino que respondería a la reacción normal de "auto-defensa" de las células primitivas que engendrarían el tumor maligno, sin que se pueda después dominar el mecanismo de su reproducción una vez se ha iniciado el proceso.

## **Las estadísticas de la terrible enfermedad no han cesado de progresar en estos 50 años**

M. Berglas quiere deducir de esta nueva teoría un nuevo sistema de tratamiento. Puesto que es imposible evitar esta proliferación brusca de células, dice, no tratemos tampoco de eliminarlas. La experiencia demuestra que los medios clásicos de cuidado, basados precisamente en la extirpación de los tumores no son siempre eficaces.

¿Qué hacer, entonces? Aquí es donde aparecen, a decir verdad como revolucionarias las ideas de M. Berglas. En efecto, nos propone nada menos que activar el desarrollo de los tumores cancerosos en lugar de hacer todo lo posible para frenarlo, como se había tratado de hacer siempre. Las células malignas dice, son como las demás: ellas nacen se desarrollan y mueren. Apresuremos, pues, la duración de este ciclo, y habremos vencido al cáncer. Aprovechándonos de la anormal vitalidad de las células cancerosas, aceleremos su desarrollo: así morirán más aprisa.

¿No existe el temor de que el enfermo también muera más aprisa? No, responde M. Berglas: las células normales no serán afectadas por este tratamiento. Cuando se haya encontrado el alimento adecuado para hacer evolucionar diez o cien veces más aprisa las células cancerosas –y sólo ellas– se podrá fácilmente, y sin peligro alguno, tratar el mal.

M. Berglas asegura que esta teoría está confirmada por un buen número de hechos. Habrá que creerlo, puesto que nombres importantes de la ciencia francesa han aceptado controlar las experiencias y los trabajos destinados a probar su veracidad. pero falta realizar un trabajo enorme. Para convencerse de la realidad y la razón de la hipótesis Berglas se necesita saber exactamente cómo nace, se desarrolla y muere una célula cancerosa. Lo que supone una tarea descomunal y agobiadora. Pero he aquí

precisamente un aspecto animador: los laboratorios de la Fundación Berglas van a constituir un nuevo centro de lucha contra el cáncer, un nuevo centro de investigaciones fundamentales. Y nunca habrá demasiado. Bien dotado de herramientas, de poderosos medios que ha querido agrupar aquí su fundador, acaso sea este centro el que pueda conquistar la gloria universal de haber sido el escenario de una de las victorias más grandes que el hombre haya conquistado nunca sobre la enfermedad.

Pero durante este tiempo la lucha continúa también sobre los demás frentes de la batalla mundial contra el cáncer. Las investigaciones se llevan a cabo sobre tres planos: las causas del mal, los medios de descubrirlo en tiempo que sea curable con seguridad y el perfeccionamiento de los medios de tratamiento, gracias a técnicas nuevas y a la utilización de nuevos remedios.

Algunos de éstos son bastante inesperados. Un médico danés, el Profesor Karl Krebs, declara en el último número del Boletín de los Médicos Daneses que él ha salvado a cuatro enfermos con cáncer en los huesos haciéndoles ingerir ocho yemas de huevos frescos por día, mientras que los sometía a un tratamiento clásico por los rayos X. La eficacia de las yemas de huevo provendría de las "hormonas de crecimiento" que contienen. El sabio profesor ha montado, además, cerca de su laboratorio, un gallinero donde alimenta concienzudamente con almejas con el fin de que los huevos contengan mucho calcio. Otros preconizan el limón, algunas legumbres, el jugo de setas o el aceite de bacalao. De hecho, las experiencias de este género son puramente empíricas, según los especialistas franceses, y no prueban más que una cosa: que el cáncer es una enfermedad rara, mal conocida, y cuya evolución escapa a menudo a nuestra comprensión.

### **Armas nuevas**

Sin embargo, es innegable que algunos productos nacidos del ingenio de los químicos han aportado armas nuevas a la lucha contra el cáncer. Pero hasta ahora ninguna de ellas tiene talla de panacea. Los derivados de la iperita –el famoso "GAS-MOSTAZA" de la guerra de 1914– actúan en la enfermedad de Hodgkin, en ciertos cánceres de la linfa. La *aminopterine* es eficaz contra ciertas leucemias, o cánceres de la sangre, pero en dosis tan elevadas que están próximas a la dosis mortal. La *urethane* permite combatir también ciertas leucemias y miclomas. Se podría citar así veinte remedios más. A veces dan resultados. Pero únicamente sobre ciertas formas muy precisas, de tumores. Y nunca de manera absolutamente definitiva.

Otro grupo de productos, las hormonas, bien sean naturales o que hayan sido obtenidas por síntesis, son igualmente útiles contra ciertos cánceres, colocados sobre órganos externos con las glándulas internas –aquellas que fabrican naturalmente estas hormonas. Dando una hormona masculina, se frena la evolución de un cáncer del seno en las mujeres. Pero muy a menudo, es imposible dar dosis muy fuertes, si no es a riesgo de alterar completamente el comportamiento sexual de la enferma.

Se ha intentado llegar más lejos y extirpar completamente ciertas glándulas, elegidas entre las que juegan un papel regulador. El profesor Crona, de Estocolmo, prosigue

actualmente una serie de experiencias que consisten en quitar el hipófisis o las cápsulas de las glándulas subrenales, a ciertos cancerosos. Varias mujeres con cánceres en los senos han sido controladas así. El porvenir dirá si la aparente cura es real. Porque el cáncer es una enfermedad insidiosa; la evolución de un tumor parece interrumpida, no pasa nada durante varios años, y de pronto aparece una nueva masa de células malignas y se llevan al enfermo.

En el Sloan Kettering Institute de Nueva York, el Doctor Alice Moore se esfuerza desde hace cuatro años en encontrar microbios capaces de atacar y de destruir las células cancerosas y solamente ellas. Ensayando con virus extraños venidos de la India, de China y de Africa, Alice Moore ha conseguido obtener algunos resultados con uno de ellos, derivado de un microbio del valle del Nilo, que posee, en efecto, una extraña afinidad para las células malignas que va a destruir automáticamente cuando es inyectado en el organismo enfermo. Desgraciadamente, las primeras experiencias han sido demasiado concluyentes: los animales inyectados con virus egipcio han visto desaparecer su cáncer, pero han muerto a consecuencia de la inyección. El Doctor Moore se esfuerza actualmente en educar su temible virus de manera que aprenda a comer el cáncer al mismo tiempo que respeta al enfermo. Pero es dudoso que este proceder pueda convertirse algún día en un tratamiento general del cáncer.

### **Una prisa paciente**

¿Podrá encontrarse un día esta panacea contra el cáncer? Pacientemente, los cancerólogos ensayan uno tras otro, los 500.000 compuestos químicos que ha fabricado el hombre y los 33.000 productos que ofrece la naturaleza. Es un trabajo inmenso, difícil, y que no ha rendido más que muy poquito hasta ahora. Cuando los hombres de laboratorio han buscado un remedio nuevo contra la malaria, han tenido que examinar y probar 14.000 productos. Pero al cabo de ese trabajo habían encontrado ya diez que poseían alguna eficacia contra la enfermedad. Y, sobre estos diez, tres o cuatro se revelaron tan eficaces como la química. Los cancerólogos han examinado por lo menos 100.000 productos. Aún no han encontrado EL remedio contra el cáncer.

Desde hace alrededor de unos veinte años, algunos han pensado que era preferible no dejarse hipnotizar por esta búsqueda del remedio universal. Sino tratar más bien de comprender, de analizar el mal, de descubrir su fuente, su origen. Por eso se han gastado en el mundo sumas considerables para tratar de descubrir el misterio del cáncer. Desgraciadamente, no se ha tardado mucho en ver que no existe UN cáncer, sino MUCHOS. Al hombre afectan cien formas de la enfermedad. Otras cien a los animales. Los cánceres de las plantas son aún de una especie diferente. Esto viene a explicar muchos entusiasmos y muchas decepciones. Se ha encontrado el virus de un cáncer. Pero se ha probado un mes más tarde que no era ciertamente él el responsable de otro cáncer. Se ha logrado establecer sin error posible que un desarreglo hormonal producía un tumor, que el metilcolantreno o el alquitrán de hulla colocados sobre la piel de un conejo, producía un cáncer. Pero al mismo tiempo se tenía la prueba igualmente, evidente que esto no se producía en los demás animales, ni en el hombre.

El cáncer es realmente una hidra con mil cabezas, que reviste mil aspectos diversos y coloca al hombre de ciencia muchísimos jeroglíficos, ahora incapaz de resolver. Posiblemente existe, a pesar de todo, una llave que permita abrir la misteriosa cerradura y aporte una unidad en este arduo problema. Es razonable pensar que la naturaleza no es tan complicada.

Y que desde el momento en que se pueden reunir bajo el mismo vocablo manifestaciones de una sola enfermedad, es que existe entre ellas una unidad. Pero no se ha sabido encontrarla todavía.

Por eso es que, al lado de los pacientes trabajos que llevan a cabo de su lado los químicos, los especialistas en hormonas, los radiólogos, los cirujanos, los neurólogos, las hipótesis nuevas y audaces tienen su importancia. La idea de M. Berglas puede que no sea, bajo la forma actual, la que permitirá vencer a la enfermedad. Pero ella puede suscitar otros análisis, otras síntesis, de los que un día saldrá la luz, y la victoria sobre el mal del siglo.